

# Los trabajos y los días

**A**BRO EL *DICCIONARIO DE LA LITERATURA CUBANA* PUBLICADO entre 1980 y 1984, no para rastrear los datos de José Kozer (una reedición que lo incluya ayudará a poblar la comarca de la K, en la cual sólo aparecen un par de revistas y una escritora del siglo XIX: Rosa Krüger), sino para otras búsquedas: Cuento, Ensayo, Epistolario, Novela, Poesía, Teatro, Testimonio. Hasta comprobar que, entre los géneros escritos por autores cubanos, no parecen existir las memorias, las autobiografías ni los diarios.

Rarísimas aves de la literatura cubana, diarios de escritores apenas alcanzo a recordar los de José Martí, José Lezama Lima, Lorenzo García Vega, Samuel Feijóo, José Ángel Buesa... Y, si igual que a un diccionario, pueden echársele en cara ausencias a una literatura, cabría entonces lamentar la inexistencia de tantísimos diarios de escritores cubanos.

Entra ahora a ese apartado, escueto como el de la K, *Una huella destartalada* (Aldus, México, 2003), doscientas cincuenta páginas entresacadas de los caudalosos diarios del poeta José Kozer. Forman el libro tres secciones, correspondientes a los años 1985, 1995 y 1997, al verano de esos tres años. El autor vuela desde New York decidido a pasar sus vacaciones en el sur de España, y contará luego los trabajos de él y de su esposa para vender la casa que habitaran en Norteamérica y, jubilados ya, hacerse de un sitio en Andalucía. (Descubrirá, al final, que los cambios no han sido tan beneficiosos y que, buen destino de vacaciones, el lugar resulta pobre para una vida entera. En la nueva casa escribe: «Madre mía, nos pasamos la vida trapicheando porque deseamos algo, una tranquila vista al mar, un cuarto creciente hermoso, el olor de un jazminero. Lo consigues, a base de lo que bien sabes, quileteos, ahorritos, de tripas corazón, de tu capa un sayo, etc. Y por fin estás tranquilo en el punto de mira de tu alcanzado deseo, y en lugar de mirar al mar, sosegarte bajo la luna en creciente o aspirar a fondo el olor a jazmín, no miras, no te sosiegas, no aspiras ese aroma, sigues trapicheando, quileteando, comido por la vida que ya apenas tienes»).

*Antonio José Ponte*

Uno podría preguntarse qué hizo a José Kozer elegir esos tres veranos españoles, qué lo movió a privilegiar las vacaciones sobre su vida de profesor universitario, Alpedrete y Torrox sobre New York. Y una respuesta posible pasa por la razón que lo impulsara a comenzar un diario: si se obligó a engrosarlo día a día en tareas de salvamento de una lengua («hoy entiendo que lo hice para impedir que el idioma inglés me arrebatara por completo el español»), narra ahora su viaje al lugar de esa lengua. O a un sustituto: si no La Habana, Andalucía.

A lo largo de tres veranos procura algo más que un rincón donde vivir, más que esa casa de la jubilación y de la muerte. Nervioso en cada amanecer, atento al color de su orina, a la respiración, preocupado por gimnasia y meditación y dieta (aquí, como en sus poemas, pueden leerse espléndidos bodegones), no es precisamente un lugar de descanso lo que buscan sus huesos. «Seamos prácticos», anota, «voy a pescar para escribir un poema».

Algunos episodios llegan en recuerdo: un asalto a cuchillo en una calle de New York, la rica cena preparada por Juan Mari Arzak (desconocedor de su fama de chef, Kozer disfruta muchísimo la comida), visitas al manicomio para entrevistarse con su anterior esposa... Pero *Una huella destartalada* desecha lo movido del año y se concentra en los meses más quietos. Logra mostrar así lo que su autor se trae: la búsqueda de un método de vida que le permita trabajar en el idioma. O, tal como él lo aclara: «una vida monotonizada a conciencia».

El libro pone en juego todas (o casi todas) las suposiciones que Kozer se ha hecho a propósito de su trabajo poético. Diversas entradas le sirven para contabilizar las piezas escritas. «Poemas, dinero: mis dos preocupaciones», reconoce, y compara su empeño diario de escribir poesía con las labores de un ama de casa.

Por una vez que acepta su grafomanía, hay otra en que la niega: si fuese un verdadero grafómano se dedicaría a leer sus 3.600 poemas acumulados en carpetas y, por cada uno de ellos, compondría un nuevo poema. (La cifra, desde entonces, casi se ha duplicado. Sin que el poeta haya recurrido al reflejo de unos textos en otros). Kozer intuye un posible punto flaco suyo: «me temo lo peor: no haber escrito un solo poema, digamos que rotundo o, como se suele decir, definitivo». Confiesa sus torpezas: «No hay una palabra, no existe una sola palabra que yo entienda». Pero también sus alegrías, como al referirse a un pájaro: «¿Qué es más bello, un cagaleche, lo que caga un cagaleche, o la palabra cagaleche?».

Las anotaciones de *Una huella destartalada* proponen un tratado de economía que rija, no sólo la escritura de poemas, sino también los hábitos de sus lectores. Pese a las vacaciones, el libro de cuentas permanece abierto, y aquí y allá relumbran las exigencias de un administrador que estima la velocidad de lectura de unos poemas, estipula requisitos de almacenamiento de piezas inéditas, y no teme llegar a los escrúpulos testamentarios: «La única manera de publicar algún día mi *Obra Completa* es en orden cronológico: un solo libro, extenso, que termina con mi último poema, muriéndome».

En paralelo con su numerosa obra poética, desde 1964 Kozer compone una larga serie de diarios. Treinta y tantos volúmenes suman su escritura diarística (me acojo aquí a estadísticas que han de ser actualizadas) y constituyen otra posible serie a editar como obra de toda una vida. Tres veranos contados detalladamente permiten ahora penetrar en ese diálogo entre diarios y poemas. Gracias a la publicación de *Una huella destartalada*, los trabajos de José Kozer empiezan a conversar con sus días.



Alacranes.

Serie: Los Ingenios. Patrimonio a la deriva.  
Técnica mixta, Gouache sobre impresión foto-numérica.  
40 x 60 cm., 2004.